

Normas de urbanidad

El autor del opúsculo resulta ser el televisivo P. Loring —Wyoming, toma nota—, que allá por los cincuenta y los sesenta debía de representar el no va más de la modernidad. La voluntad de *aggiornamento* se percibe desde la portada misma, cuya estética quasi conciliar anuncia liturgias vernáculas y misas cara al pueblo. Atrás queda el naturalismo magdaleniense del paleocatolicismo con estampas de seminaristas relamidos. El latín prácticamente se ha esfumado. Sobrevive solamente una frasecilla testimonial —*Non sufficit sed requiritur*— si no contamos el *LAUS DEO* del remate, que ni siquiera es el preceptivo *AMDG*, siglas que, con el galopante olvido del latín que padecemos, pronto van a sonar a oídos de la mayoría como una especie de *aserejé* jesuítico.

Modernidad insípida —a escala de los sesenta, entiéndaseme— es, pues, lo que uno se encuentra al hojear el folleto. Si se iba buscando caspilla propicia para el comentario, como era mi caso, se sale chasqueado. Pero donde hubo mucho, es raro que no quede algún rastro. Veamos.

El precepto 122 reza: *Sobre el mantel no se deja nada: ni huesos de aceituna, ni piedras de las lentejas, etc.* Hay que cuidar los detalles, padre Loring. Un ejemplo así nos retrotrae a tiempos anteriores a la invención de la criba. Por lo visto lo habitual, cada vez que se comía lentejas, era reunir un majano de un volumen respetable, tanto como para que produjese mal efecto si se dejaba sobre el mantel. Y no me extraña, si el tamaño de las piedras era como cabe colegir de su equiparación con los huesos de aceituna. Milagro fue que conserváramos algún molar intacto.

El 223 aconseja: *Soportar con disimulo las pulgas, etc. que, a veces, se cogen en sitios públicos. No dedicarse a cazarlas delante de nadie.* A ver, padre Loring, ¿nos está usted diciendo que dedicarse a cazar *coram populo* las pulgas de las que uno se siente repentinamente invadido era cosa que se veía todos los días o al menos una práctica lo bastante común como para merecer de usted la acuñación de un precepto disuasorio? Explíqueme cómo se puede cazar tales insectos, tan querenciosos de los entresijos más recónditos de nuestra anatomía, sin quitarse la ropa. Si a eso añadimos la profusión y complejidad de la indumentaria de la grey eclesiástica, público al que va dirigido expresamente su opúsculo normativo, resulta que nos está incitando a imaginar unos *strip-teases* cinegéticos que dejarían el de *La Chelito* reducido a cosa de parvulario.

Parecido disimulo prescribe, en el artículo 295, para tratar con otro insecto: *Si estando en una casa me veo una chinche, etc., disimular, y si no es posible, excusar a la señora diciendo que vengo de la calle, que quizás en el tranvía, etc.* ¿Tanto parásito — en su acepción entomológica— había entonces? Para degustar mejor la comicidad implícita en este punto sugiero imaginarse a Lino en el trance de explicar a la señora de la casa la presencia de la chinche tranviaria.

El 334 da un poco de grima: *Los guantes no se quitan con los dientes.* Más que una norma de urbanidad parece la recomendación de una aseguradora para prevenir amputaciones dactilares. En aquellos tiempos carpantiles la apariencia de chistorra que adquiriría el dedo enguantado podía ser tentación irresistible para unos dientes ansiosos de cerrarse sobre algo.

Para lo último he dejado, en atención a la temática del blog, la única —creo— alusión a lo musical que hay en el folleto, el número 189: *No es bonito que un eclesiástico se ponga a silbar. ¡Y menos en el W.C.!* A mí no me consta que esta sibilancia escatológica fuese práctica habitual, pero, para merecer la mención expresa del padre Loring, tuvo que serlo en otros tiempos. Que los veteranos nos aclaren si la impregnación musical comillesa llegaba al extremo de no acertar a negociar sin melodía ni siquiera el trance, generalmente arduo, del retrete. Que yo recuerde, en los “lugares” de Gramática —los de abajo—, el único que silbaba era el aquilón, cuyas ráfagas, capaces de convertir instantáneamente el chorrillo en carámbano, andaban como Pedro por su casa por aquellas letrinas desguarnecidas. En los de Retórica lo que silbaba eran los tensores de Palacios y de Benito Valencia y los bisbiseos apotropaicos que el padre Mayor emitía, cuando iba a vaciar su bacín, para conjurar el paganismo muscular de aquellos gimnastas matutinos. No estaría de más, sin embargo, excitar al fiscal Burón a que indague a ver si por aquellos años estuvo matriculado, bajo pseudónimo, el famoso silbador Kurt Savoy.

Saludos.

Alfonso Fernández.